

LA FERIA POR DENTRO o el Arte de Vender Uruguayos

PRIMER embestida: los obreros de Paseos perdieron la mañana esperando en vano el camión para ir a buscar la pinocha. Ni pensar en pagarles horas extras para que se quedaran de tarde —¿de dónde?— y, como diría Paco, sin la pinochita la Feria se venía abajo. Ellos deben haberse apiadado de las caras de desgraciados de los organizadores: "Güeno, nojetro nos quedamo a trabajar nomá pero usié me consigue un libro de Tacuruses", "Y a mí otro", "Y a mí otro". Por algo el autor se llama Serafin: él también contribuyó al éxito.

Segunda: el policía encargado de la vigilancia nocturna a quien vemos husmeando una mesa, se nos aproxima: "Diga don, usté perdóne, ¿no me dejan leer un libro? Después se lo pongo en el lugarcito, seguro". Traté de ubicar el que leía, y debo haberme equivocado, porque el que encontré era un tratado sobre el ser y la existencia.

No había duda: la batalla de la Primera Feria Nacional de Libros y Grabados estaba ganada antes de la inauguración. Una batallita, no exagerar, o una escaramuza para abrir el apetito, la esperanza de que esto sea verdad: que el intelectual, acostumbrado a producir para intelectuales —otros buitres tras la misma carnaza— se pusiera en contacto con un público, con un pueblo, y se viera en ese otro y no en el espejo acicalado en que se contempla para admirarse. Porque mientras no haya un público que atienda a sus escritores no habrá una literatura, y a eso nos hemos referido largamente en estas mismas páginas considerándolo un cometido básico de nuestro momento cultural. Esta convicción, ardentemente compartida, está en la base de nuestro interés por la Feria.

El escepticismo nos ha ganado tanto que, salvo los locos —y ni siquiera cito a los quiénes— nadie cree que puedan venderse libros de autores uruguayos. Varias semanas costó conseguir que AUDE montara un stand —el criterio era suspender hostilidades y trabajar por el fin común— y P. Medeiros decía: "Yo los acompaño, porque creo que es una obligación moral". Pero no se hagan ilusiones: no se va a vender nada. En el recoveco secreto de sus almas los libreros pensaban lo mismo y algunos sólo se decidieron a participar en la víspera, cuando la cordial publicidad dispensada por la prensa los alertó. Ni que hablar de las risotadas de Juancito, el de Universo, cuando oyó que pretendíamos vender libros uruguayos. (Una apuesta ganada ahí). O la contestación lapidaria de Catelli: "¿Cuánto venderá Barreiro por día de autores uruguayos?" "No sé, unos veinte pesos".

Y bien: cuando el sábado se cerró la Feria, se alcanzó la cifra de \$ 20.000 de ventas brutas lo que puede equivaler a unos 3.000 volúmenes, seleccionados preferentemente en la producción que va de 1950 a 1960. Y en los escasos veinte días de duración veinte mil personas han paseado por el establo de esteras, aromado de pinocha y cubierto por el pabellón nacional, que Carvalho inventó con humor feliz, curioseando tapas y descubriendo muchos que los libros realmente no muerden, que son gentiles, tienen títulos divertidos incluso, y en algunos está aguardando una apreciable diversión. No es mucho dinero: algún librero observará que no justifica el sueldo del empleado que debía atender el stand (el muchacho de Medina quizás no haya vendido demasiado pero al menos cumplió su plan de lecturas gratuitas y ya es algo); otros en cambio, como la Universidad, comprobarán que los libros se publican para ser vendidos, no para guardarse en las bibliotecas, y quizás en la próxima sean más las Facultades que remitan sus publicaciones al stand de la Feria, visto el mucho público que descubrió que los profesores, además

de hacer huelga, escriben libros en serio.

Cuando la pinocha estuvo ya domesticada y caminar por la Feria no era como andar por la montaña rusa, cuando Arrigoni se cansó de dirigirnos requisitorias, cuando Milla junior ya agarraba el micrófono como Castillo aunque no para un tango sino para anunciar: "Recuerde, el hombre que lee más es el hombre que vale más", los organizadores, exasperados, entraron a la autocritica: habría que haberla hecho en diciembre no en enero, sobre todo dado que el mequetrefe de la Comisión de Turismo — que nos rehusó apoyo porque los libros y los autores uruguayos "no son importantes" — no se ocupó de conseguir que al menos vinieran



turistas al país; habría que haberla hecho al aire libre, pero quién se atreve después de sufrir dos temporales y dos diluvios universales que deshicieron, también por dos veces, el misero cartelito de lona en sustitución del suntuoso que prometió y luego resultó que cobraba la UTE; habría que haber editado material propio de la Feria, pero cómo si ni siquiera hubo tiempo para

distribuir los afiches. Habría que haber organizado mejor los stands y la venta de modo coordinado, así se evitaba lo del señor muy ceremonioso que se acercó a un vendedor con una apreciable pila de libros en la mano y preguntó "¿Dónde está la caja?". Había creído que era un "self service" y había hecho su provisión en cada uno de los stands sin que ninguno de los empleados percibiera la "sustracción". Habría que haber previsto los ruidos del salón de actos donde los "Muera Fidel" y "Viva Fidel" de manifestación que va y manifestación que viene matizaban las conferencias y mesas redondas. Habría que haber tenido extinguidores —la famosa pinocha que patentó la frase Marie Chantal "Igualito a un stud de Punta del Este"— y que nos hacía pasar del diluvio a las llamas en un intento de ahorrarle a Cravotto los dos siglos necesarios para concluir el edificio. Habría que haber...

Contra el condicional magnífico, contra lo muy bueno del futuro sólo puede oponerse lo regularcito del presente que es, además, real. Ardao me decía que hace un año, a su vuelta de Europa, había presentado al Ministerio un

una hora sin que apareciera sol, ni flores o señorita con un paqueto bajo el brazo. Ahí venían sus obras, esas que todos dábamos por agotadas y que en verdad ya comenzaban a incomodar en el garage o encima del ropero. Se diría que en este país no hay libro que esté realmente agotado y eso lo ha agradecido el público, comprando tanta cosa famosa que se creía inhallable, desde el Vivientes de Juan José Morosoli, hasta El sueño realizado y otros cuentos de Juan C. Onetti.

En cuanto a las preferencias del público, los precarios sistemas estadísticos aplicados —habría que haber...— no permiten ninguna afirmación segura. Se vendieron libros de los autores que se están vendiendo bien en librerías: desde luego los gauchescos, Serafin J. García, Osiris Rodríguez Castillo; desde luego Onetti, Benedetti; desde luego algunos clásicos rendidores como Quiroga, Viana. Pero marcharon bien Amorim y Felisberto Hernández que en el país no habían tenido mucha audiencia, y se vendieron bien libros de actualidad política y social desde el de Jesualdo sobre la UR3S y el de Badano sobre Cuba hasta los consagrados a Saravia y los estudios sociológicos nacionales (no te olvides de los míos, dice mi hermano Carlos). Con decir que se vendieron libros de poesía estaría casi todo dicho en cuanto a la dispersión del interés del público y a las posibilidades que abre un contacto directo.

Se piensa luego de la experiencia, que si bien hay un apreciable sector de libros invendibles —casi siempre son los que llamamos impublibles— para gran parte del resto la falta de lector ha sido consecuencia de que no han funcionado adecuados medios de información que dieran noticia a su correspondiente público de sus características particulares. Más evidente con los grabados que fueron traídos por las autoridades del Club como una concesión —la obligación moral— sin esperanzas de venta, y que, sobre todo los de altas tiradas y bajos precios, encontraron un público interesado. Menos para los discos, pero la producción nacional no ofrece todavía una gama de posibilidades rica.

Y ésta es casi toda la verdad. Pero el resto tampoco merece un "lo que no conté sobre la Feria". Ha sido una de esas salidas entusiastas y pintorescas para las que los uruguayos son capaces de una curiosidad divertida y generosa. Que nadie se atreva a jurar sobre ella ni a profetizar, y menos los que la padecemos y que, ahora, tenemos derecho a decir "basta para nosotros".

Angel Rama

LIBROS

★ **LAWRENCE DURRELL: BALTHAZAR.** Buenos Aires, Sudamericana, 1960. 247 pp. Trad. de Aurora Bernárdez.

El segundo tomo de "El cuarteto de Alejandría" es al mismo tiempo el mejor volumen de la tetralogía de Durrell, donde comienza a funcionar con eficacia su teoría novelesca y donde sus personajes alcanzan mayor plenitud. Es también el ejemplo más consumado de su barroquismo descriptivo que intenta captar con una ardiente prosa la fantasmagórica realidad de Alejandría.

★ **ERICH KUBY: ROSEMARIE.** Buenos Aires, Hermes, 1960. 277 pp. Trad. de Willy Kemp.

Paralelamente a el guión del film, Erich Kuby escribió la novela de "Rosemarie, criatura predilecta del milagro alemán", y los resultados son sensiblemente inferiores. Es la misma historia de la prostituta frecuentada por los grandes industriales de la nueva Alemania, con mayores detalles acerca de la complicidad gubernamental en un esfuerzo armamentista y en una oscura puja con las potencias mundiales, pero la novela no supera los límites de una crónica romanzada. El autor lo reconoce al decir que "evidentemente no ha pretendido crear una obra de arte". Como denuncia sigue siendo eficaz.

★ **MORRIS WEST: EL CASO ORCAGNA.** Santiago de Chile, Nuevo Extremo, 1960. 254 pp. Trad. de Jorge Onfray y Wilfredo Reyes.

Una novela policial trazada con un esquematismo torpón, con poca o nula capacidad del retrato psicológico y con un simple suspenso de intriga bien dosificada. Panorama: Italia y la zona de Capri; tema: la corrupción de la política italiana; personajes: el periodista americano, el político italiano, el agente británico, la joven pasional. Publicada en 1957 bajo el título "The Big Story" inició la carrera literaria de un periodista. Todavía no había aprendido el oficio.

★ **JORGE LUIS BORGES Y ADOLFO BIOY CASARES: LIBRO DEL CIELO Y DEL INFIERNO.** Buenos Aires, Sur, 1960. 215 pp.

Es una antología, deliciosamente seleccionada, de fragmentos referidos al cielo y al infierno en los autores más dispares de épocas más dispares. Son fragmentos de "otro más extenso, más lento y acaso menos exigente que hace años compilamos". La variedad de lecturas, la capacidad del ingenio y de un lirismo original, sostienen este conjunto feliz de textos. Ningún valor religioso visible; un espectáculo intelectual donde el refinamiento y la sorpresa se dan caza.

★ **LANZA DEL VASTO: COMENTARIO DEL EVANGELIO.** Buenos Aires, Sur, 1960. 437 ps. Trad. de Enrique Pezzoni. Segunda edición.

Sin tener la importancia de Peregrinación a las fuentes en el pensamiento religioso de Lanza del Vasto, este volumen, donde se recogen sus lecciones y análisis verbales del Evangelio en las reuniones del Arca, representa el tronco cristiano de su doctrina que muchas veces ha quedado oculto por su discípulo de Gandhi. Son simples análisis en la tradición de la exégesis católica, algunos no superan el parafraseado devoto, otros se pierden en la casuística, pero están aquí sin embargo las mejores páginas de Lanza del Vasto y muchas veces resulta instructivo la interpretación del Evangelio por un hombre que conoce las filosofías orientales.

★ **VICENTE ALEIXANDRE: POEMAS AMOROSOS, ANTOLOGIA.** Buenos Aires, Lcsada, 1960. 115 ps.

No una antología, la obra entera de Aleixandre podría encerrarse bajo este título o acaso bajo aquél que mejor singulariza su particular concepción del amor, su viejo libro "La destrucción o el amor". Aquí se reúnen poemas desde el libro primerizo e inmaduro "Ambito" (de 1922) hasta sus últimos volúmenes muy poco conocidos en el Plata: Nacimiento ú-

ltimo, Historia del corazón. Y de un extremo a otro es el mismo Aleixandre, su misma voz oscura, sorda y dramática, que grita más que canta, que sigue sin saber cuál es la salida para ese ardiente caos sensorial en que se mueve y por el cual ya transita la vejez, el abandono. Pero sin embargo esta voz no ha envejecido nada: sólo se ha hecho más tersa, más precisa, más sensible a la irradiación de la belleza.

★ **SAINT-JOHN PERSE: ANTOLOGIA POÉTICA.** Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1960. 174 ps. Selección, traducción y prólogo de Jorge Zalamea.

En cada lengua del mundo hay un devoto apasionado de Saint-John Perse que viene leyendo y traduciendo desde hace muchos años sus libros y para quien llegó con el premio Nobel del año pasado la confirmación mundial de su admiración. En español es Jorge Zalamea, el único traductor español autorizado por el poeta francés lo que demostraría simplemente que éste no conoce nuestra lengua, porque si bien Zalamea tiene un lenguaje flexible y destreza de traductor, carece en cambio de la precisión y el rigor que exige la poesía de Saint-John Perse. Elucios, Anabasis, Lluvia, Nieve, Exilio, Vientos y Mares son los libros de los que selecciona Zalamea para su traducción, y aún en español es intulible la sostenida grandeza del original.

Galería Montevideo de Artes Plásticas

Durante los meses de enero y febrero, Exposición Permanente. Obras de arte, cuadros, grabados, escuelas sudamericanas.

(Artistas uruguayos —Figari, Cúneo, Barradas, Arzadun, etc.— argentinos, brasileños)

Abierta de 10 a 12 y de 15 a 19 horas

COLONIA 995

TELEFONO: 9 - 71 - 19

El Comité de Colón
de apoyo a la
Revolución Cubana
organiza:
ACTO Y CINE
en Plaza Colón
DOMINGO 29
Hora 19